

## APÉNDICE II

### EL ESPÍRITU DE LA EDAD MEDIA

1. **Puntos de vista dominantes en la Edad Media y su significado.**—Cuando leemos y oímos los juicios corrientes sobre la Edad Media, desde los tiempos del Humanismo y de la Reforma, muéstrase uno indeciso para saber de qué debe avergonzarse más, si de haber tenido antepasados tales como los que nos pintan en ellos, ó bien de formar entre los hijos que hablan así de sus padres muertos. <sup>(1)</sup> Víctimas durante muchos siglos del error pelagiano, <sup>(2)</sup> y de cien otros errores, judíos, <sup>(3)</sup> ebionitas, <sup>(4)</sup> docetas, <sup>(5)</sup> gnósticos, maniqueos, <sup>(6)</sup> panteístas, <sup>(7)</sup> materialistas, <sup>(8)</sup> politeístas, <sup>(9)</sup> racionalistas, <sup>(10)</sup> nuestros padres, como quisieran hacérselo creer esos imitadores de Cham, durante toda la Edad Media, en concepto de éstos, no hicieron el menor esfuerzo para reconquistar la verdad que dicen estaba perdida; <sup>(11)</sup> por lo contrario, más bien se sintieron

(1) León Gautier, *Comment faut-il juger le moyen âge. Épopées françaises*, (2) I, 519 y sig.

(2) Dorner (Hertzog, *Real-Encyclop.*, 1. Aufl., IV, 195). Landerer (*ibid.*, XIII, 679, 689. XVI, 69, 75). Jul. Koestlin (*ibid.*, XX, 441). Jul. Müller (*ib.*, III, 444). Hagenbach (*ibid.*, VI, 79). Kling (*ibid.*, VII, 487, 491, 493).

(3) Kling (Hertzog, II, 677). Schenkel (*ibid.*, VII, 564, 568). Hase, *Polemik*, (3) 497.

(4) Kling, (Hertzog, VII, 493).

(5) Schmidt (Hertzog, XIX, 430).

(6) Kling (Hertzog, VII, 493). Mallet (*ibid.*, XV, 596).

(7) Steitz (Hertzog, XVI, 351, 353). Landerer (*ibid.*, XIII, 683, 688; XVI, 64, 65, 66, 72).

(8) Steitz (Hertzog, XVI, 351, 353).

(9) Hase *Polemik*, (3) 314, 425, 510. Steitz (Hertzog, XIII, 241; XVI, 344; IX, 101). Hertzog (*ibid.*, II, 230; XII, 446, 728).

(10) Hase, *Polemik*, (3) 177.

(11) Ph. Wackernagel, *Das deutsche Kirchenlied*, II, Vorrede, p. VII.

complacidos y aferrados al mal espíritu del papismo, á la hostilidad contra la verdad, á la incredulidad, al desprecio de los hombres. <sup>(1)</sup> De este modo pasaron su vida, despreocupados y estúpidos, sin pensar en elevarse á la verdadera dignidad humana, en una justificación personal pagana. <sup>(2)</sup> Su grosera sensualidad religiosa <sup>(3)</sup> quiso servir de intermediario entre las cosas divinas y las humanas, y condujo á un dualismo abominable, á una mezcla extraña de lo espiritual y de lo sensible, de paganismo y de judaísmo, y á una superstición grosera, <sup>(4)</sup> que uno puede llamar, sin temor de engañarse, idolatría, y aun un segundo paganismo, <sup>(5)</sup> una verdadera magia y hechicería. <sup>(6)</sup> Con la adoración de esa «caricatura de una Virgen» y de los Santos,—¡que Dios nos perdone si citamos tan bárbaras expresiones blasfematorias!—endurecieron cada vez más en un juego criminal contra el Santo por excelencia. <sup>(7)</sup> Después de perder y olvidar á Jesucristo, <sup>(8)</sup> la piedad de aquellos tiempos no produjo más que cánticos impíos, oraciones y letanías. <sup>(9)</sup> La vida de aquellas pobres gentes extravióse en una mezcla lamentable de melancolía y ligereza, viva imagen de su desunión interna. <sup>(10)</sup> Así creen los teólogos protestantes poder juzgar la vida religiosa de aquella época que, no obstante, les es tan extraña. No hay que asombrarse de que los sabios laicos desfiguren todavía más la vida moral y pública de la Edad Media. Al intentar penetrar, con predilección y habilidad

(1) De Wette, *Christl. Sittenlehre*, (1) II, II, 331.

(2) Wackernagel, II, p. IX.

(3) *Ibid.*, p. VII. De Wette, II, II, 13.

(4) De Wette, II, II, 13 y sig. Hase, *Polemik*, (3) 498. Steitz (Hertzog, XVI, 351), Zöckler, *Handbuch*, I, 10, 11, 163 y sig. Ebrard, *Apologetik* (2), II, 588 y sig.

(5) Wackernagel, II, p. X. De Wette, II, II, 14. W. Baur (Hertzog, XV, 141). Hertzog (*ibid.*, II, 234).

(6) De Wette, II, I, 13. Hase, *Polemik*, (3) 500. Kling (Hertzog, VII, 487). Dorner (*ibid.*, IV, 195). Steitz (*ibid.*, IX, 101; XIII, 258; XV, 434; XVI, 354).

(7) Wackernagel, II, p. VIII, XI.

(8) Wendt, *Symbolik*, I, 167, 170.

(9) Wackernagel, II, p. VIII.

(10) Heinr. Rückert, *Vorrede zu Thomassin*, XII.

evidentes, en el pensamiento salvaje de los llamados pueblos de naturaleza, sitúanse delante de las puertas, tras las cuales estaban nuestros padres, como Adán ante las puertas del Paraíso terrestre. Ciertamente no queremos asegurar que, todo aquel que emita un juicio desfavorable sobre los tiempos cristianos pasados, deba ser acusado de mala fe. No negamos que es muy difícil formarse una idea poco más ó menos justa de la Edad Media. Sólo un espíritu que tenga analogías con ella, puede orientarse fácilmente en ella. Pero vemos con placer, en los juicios que ordinariamente se formulan sobre esta época, que la diferencia entre el Humanismo moderno y la Edad Media, mientras ésta vivió cristianamente y según las leyes de la Iglesia, es muy grande, casi tan grande como el abismo de que habla Abraham en el Evangelio. De aquí proviene esa repulsión instintiva que, aun á los mejores, imposibilita una apreciación imparcial del carácter de la Edad Media, siquiera estén muy lejos de abrigar la positiva intención de desfigurarla.

**2. El espíritu de la Edad Media es el espíritu de la Caballería.**—Ahora bien, este carácter es completamente caballeresco. La Edad Media es la época de la caballería. No sólo es la caballería una institución que todo lo domina en la vida social y política, sino que toda la manera de pensar y obrar, aun desde el punto de vista religioso, ostenta el sello caballeresco.

El cielo y la tierra no forman más que un reino feudal indivisible. <sup>(1)</sup> Esto es lo que podemos designar como el principio supremo de toda la manera de pensar y obrar de la Edad Media. Dios es el rey de este reino homogéneo; <sup>(2)</sup> Él es el Señor imperial; <sup>(3)</sup> Él es, no sólo el Emperador del cielo, <sup>(4)</sup> ó el representante del reino celeste, <sup>(5)</sup> no sólo

(1) Sobre *Heliand*, v. más arriba, VII, 2.

(2) Petr. Damiani, *Sermo* 60 (II 154, 6). Dante, *Parad.*, 25, 41.

(3) Heinr. Seuse, *Leben Cap.* 33.

(4) Rud. von Rotenburg, 6, 7 (Hagen, *Minnesinger*, I, 85). Augustin. S., 329, 2.

(5) Rud. von Hohenems (bei Maszmann, *Kaiserchronik*, III, 118).

el Emperador de las almas, <sup>(1)</sup> sino también el Señor más alto que haya sobre la tierra, el Emperador de todos los emperadores del mundo visible, <sup>(2)</sup> el Emperador de todos los reyes, <sup>(3)</sup> el Rey de todos los Emperadores. <sup>(4)</sup> Estas denominaciones son especialmente atribuídas al Señor Jesucristo, <sup>(5)</sup> que ha llevado nuestra naturaleza en la unidad de la naturaleza divina.

En la serena creencia de que la Madre, aun cuando sólo por su Hijo hubiese llegado á ser lo que es, lleva con todo derecho los títulos de su Hijo y ocupa su puesto, <sup>(6)</sup> y de que el Hijo se siente honrado por todo honor tributado á su Madre, no vacilaba la Edad Media en honrar <sup>(7)</sup> á María como Madre del Emperador eterno, <sup>(8)</sup> como Emperatriz <sup>(9)</sup> y Princesa <sup>(10)</sup> de este reino, como Emperatriz del cielo, <sup>(11)</sup> como Emperatriz de los ángeles, <sup>(12)</sup> como caudillo de todos los ejércitos angélicos, <sup>(13)</sup> como Emperatriz de la virtud, <sup>(14)</sup> como Emperatriz de todas las muje-

(1) Wackernagel, *Das deutsche Kirchenlied*, II, 879, n. 1083. Cf. II, 1067, n. 1302, 5.

(2) Rud. von Ems, *Der gute Gerhard*, 22, 41.

(3) Helbling, 2 943. Hinnenberger, 1, 6 (Hagen, *Minnesinger*, III, 40). Konrad von Fussesbrunn, *Kindheit Jesu* (Hahn, 82, 15).

(4) Diemer, *Ged. aus Vorau*, 312.

(5) Hartmann, *Vom Glaubem*, 1563 y sig. Cf. 3765 y sig. Helbling, 2, 465. Gertrud., *Leg. dir. piet.*, 4, 2. *Exercit. spir.*, 3.

(6) Mone, *Hymni lat.*, II, 78, n. 385, 1-4.

(7) Helbling, 2, 465; *Kaiser den die Magd gebar*, Konrad von Würzburg, *Goldene Schmiede*, 512 y sig. Porque has amamantado y criado á aquel que es Emperador del cielo, tú serás elevada, oh mujer, á mayor altura que las torres de Jerusalén.

(8) Petr. Damiani, *Opusc.*, 33, 4 (Cajetan., III, 290, a).

(9) Wackernagel, *Kirchenlied* II, 51, n. 62, 3; II, 483, n. 530, 3; II, 550, n. 727, 1. *Vita b. Baptistæ de Varanis*, 5, 42 (Bolland., Mai, VII, 482, b. Palmé).

(10) Mone, *Hymni lat.*, II, 90.

(11) Konrad von Würzburg, casi en cada estrofa. Poppe, 3 (Hagen, *Minnesinger*, III, 405. Mone, *Hymn. lat.*, II, 21, 284 (n. 510, 9). Raymund., *Cap. vita S. Cath. Sen.*, 3, 4, 373. Boll. Apr. III, 955. Palmé).

(12) Marner, 15, 40 (Hagen, *Minnes.*, II, 257). Poppe, 4 (Hagen, III, 406). Mone, II, 324, 399, 403, 426. *Vita b. Baptistæ de Varanis*, 5, 40 (Boll., Mai VII, 481, c).

(13) Meissner, 19, 1 (Hagen, III, 109). Wackern., II, 155, n. 265.

(14) Sigheher, 1, 1 y sig. (Hagen, *Minnes.*, II, 360).

res y de todas las jóvenes, <sup>(1)</sup> como Emperatriz de todas las criaturas. <sup>(2)</sup>

En este reino, que abraza el cielo y la tierra, los Apóstoles son los doce príncipes, <sup>(3)</sup> los condes, <sup>(4)</sup> ó barones <sup>(5)</sup> supremos, los guerreros <sup>(6)</sup> y los compañeros de armas del Señor, <sup>(7)</sup> los soldados de Dios, <sup>(8)</sup> los defensores y protectores de la cristiandad. <sup>(9)</sup> Los Santos son los barones inferiores en este reino guerrero. <sup>(10)</sup> Pero los ángeles son los que empiezan la lucha, los que echan por tierra ante nosotros todo lo que es hostil y peligroso. <sup>(11)</sup> Su jefe <sup>(12)</sup> es el caballero Miguel, <sup>(13)</sup> el soldado de Dios, <sup>(14)</sup> el caballero mesnadero del cielo. <sup>(15)</sup>

Bajo la influencia de estas imágenes caballerescas, todo

(1) Hugo von Trimberg, *Renner*, 6061.

(2) Wackernagel, *Kirchenlied*, II, 555, n. 730, 1. La expresión «Emperatriz de las reinas» se encuentra rara vez. (Birgitta, *Revelat.*, 5, 9, 2. Mone, *Hymni lat.*, 2, 260, 421). Rara vez también parece (v. gr. Alvarez a Paz, III l. 3, p. 2, c. 5) que se designa á María con la expresión de *Reina de la Iglesia*, en tanto que Cristo es con frecuencia llamado: «Señor, Jefe, Príncipe de la Iglesia.» Por lo menos no hemos encontrado jamás semejante expresión en los escritos de la Edad Media. Diríase que se evitaba deliberadamente emplear un término que, exacto en sí, (cf. San Bernardo, *Serm. infr. oct. Assumpt.*, n. 5, 15), podía, no obstante, dar lugar á falsas interpretaciones. Por lo contrario, desde los tiempos más antiguos, en las catacumbas (Kraus, *Roma Sotterranea*, (1) 262), María es á menudo considerada como imagen de la Iglesia. No se ve, pues, como los protestantes modernos han podido imaginarse haber hecho este descubrimiento. (Hertzog, *Real-Encykl.*, (1) IX, 101). V. Ambros., *Inst. virg.*, c. 14; Augustin., *S.* 213, 7. *De symb. ad Cat.* (VI, 575, e) *in append.*, S. 121, 5 (V, 222, g); César Arel. (*Bibl. Lugd.*, VIII, 823 y sig.); Passaglia, *De Concept.*, n. 1306-1309; Matthias a Corona, *Sanctitas eccl. rom.*, tr. 3, c. 5, p. 306 y sig.; Cornel. a Lap., *In Apocal.*, XXII, 1; Calmet, *Ibid.*

(3) Wackernagel, II, 978, n. 1211, 25.

(4) Dante, *Parad.*, 25, 42.

(5) *Ibid.*, 24, 115; 25, 17.

(6) Wackernagel, II, 22, n. 21, 3.

(7) Reinmar von Zweter, 2 111 (Hagen, *Minnes.*, II, 197).

(8) *Ibid.*, (Wackernagel, II, 79, n. 118).

(9) Mone, *Hymni lat.*, III, 71, 95.

(10) *Canción de Rolando*, 3685, 3746. Los diablos se llaman también *barones* (Guibert. Novig., *De vita*, 1, 24).

(11) Mone, *Hymni lat.*, I, 448, n. 314, 21 y sig.

(12) *Ibid.*, III, 1, n. 621, 50.

(13) *Ibid.*, I, 447.

(14) *Ibid.*, I, 447.

(15) *Ibid.*, I, 446, III, 25.

el pensamiento y la vida, lo terrestre y lo celeste, lo temporal y lo eclesiástico, toman el carácter de lo caballeresco y feudal. Todos somos vasallos de Dios; todo lo que tenemos lo poseemos como feudos de Dios. <sup>(1)</sup> Ahora bien, para aquella época, la fidelidad, el cumplimiento de las obligaciones feudales, son las más elevadas virtudes sociales, la idea fundamental de todas las obligaciones de la vida pública. Todo cristiano ha nacido para ser hijo de héroe, toda alma para ser compañera de armas y escudo de honor del Hijo del Rey del cielo, <sup>(2)</sup> el cual, ya en la infancia comenzó á luchar por nosotros como valeroso guerrero. <sup>(3)</sup> Su amor es para la mujer por excelencia, la Emperatriz del alma; <sup>(4)</sup> su servicio es el verdadero servicio de amor; la lucha por él y por sus mandamientos, es la verdadera lucha de honor y de amor. <sup>(5)</sup> ¡Maldición y vergüenza para aquél que vacile en derramar su sangre en su servicio! <sup>(6)</sup> La misma religiosa siente bullir su sangre. También ella, desde su celda, quiere luchar por él, como guerrero, como caballero, con todas sus fuerzas. <sup>(7)</sup> El que lucha con niños, todo lo más gana una pequeña corona de flores. Pero ella quiere conquistar un premio más rico, alabanzas más nobles, dignas de príncipes. Por eso ruega al Señor que la revista de la armadura santa, para que pueda comenzar una lucha de la que no debe avergonzarse. <sup>(8)</sup> El que quiere ganar el cielo cómodamente y á manera de pasatiempo, no es reconocido por el Señor. Éste ha librado una batalla en la que ha recibido heridas de las que apenas ha curado; lo mismo ocurre con todos sus ca-

(1) Sailer, *Weisheit auf der Gasse* (G. W. 1819, XX, I, 101).

(2) David von Augsburg (*Zeitschrift für deutsches Alterthum*, IX, 11, 29). *Heliand*, 869.

(3) Hugo, v. Langenstein, *Martina*, 31, 3 (Keller, 76). Marner, 15, 5, 36 (Hagen, *Minnes.*, II, 247, 255). Poppe, 9 (*Ibid.*, III, 407). David v. Augsburg (*Zeitschr. f. deut. Alt.*, IX, 53).

(4) Mecht. v. Magd., 1, 3; 7, 58. Seuse, *Leben Cap.* 4.

(5) Helbling, 7, 255-1130. Seuse, *Leben Cap.* 22, 23.

(6) Divisa de Greg. VII (L. 9, ep. 21). Según Jerem., XLVIII, 10.

(7) Mecht. v. Magd., 3, 18. Wackernagel, *Kirchenlied*, II, 656, n. 847, 5.

(8) Mecht. v. Magd., 3, 18; 7, 35.

balleros, pues todavía llevan las señales de ellas; de tal modo han sido maltratados. Pero también á causa de esto han tomado parte, joviales y altivos, en la fiesta de la victoria. Las puertas del templo permanecerán, por lo contrario, cerradas á todos los que no han combatido con valor contra los enemigos del Señor. Ningún ocioso es admitido en esta mansión. <sup>(1)</sup>

**3. Las costumbres caballerescas de la Edad Media.**—No es posible que ofrezca formas distinguidas un caballero que se pasa la vida luchando contra enemigos poderosos; pero sus virtudes deben ser más vigorosas, más enérgicas, más rudas, del mismo modo que su corazón debe ser más noble, y abrigar sentimientos más elevados. Tal es el carácter de la Edad Media.

Sin embargo, en medio de la ardiente pelea, surgen los antiguos instintos salvajes ya casi domados, los cuales, una vez despiertos, raro es que se calmen en seguida. No es, pues, extraño que, en una época semejante, y con semejantes caracteres, la primitiva grosería pagana, la implacabilidad en el odio, la crueldad en los castigos, el placer en la extravagancia, se manifiesten á menudo por modo poderoso. Y allí en donde aparece el mal, se extiende y se hace sentir terriblemente, porque, observar una moderación tímida, y hacer el trabajo á medias, no era propio de aquella generación, ni para el bien ni para el mal. Así, pues, nadie se asombrará de hallar tantas violencias en aquellas esferas de la Edad Media que sólo á medias habían recibido el espíritu cristiano.

Pero allí donde éste penetró por la mano bienechora de la Iglesia, vemos transformarse en una caballería verdaderamente humana, porque era cristiana, la rudeza del antiguo carácter caballeresco, no obstante haber exigido esto largas y porfiadas luchas, acompañadas de numerosos reveses. <sup>(2)</sup>

(1) *Die Warnung*, 2710 y sig., 2799 y sig. (Haupt, *Zeitsch. für deut. Alterthum*, I, 512 y sig.).

(2) *Histor. Jahrbuch d. Goerres Ges.*, 1880, I, 108 y sig., 114, 138 y sig. Ken. Digby, *Mores cathol. or Ages of Faith*, b. 7, ch. 5, II, 357 y sig.; cf. II, 399 y sig.; b. 9, ch. 10, 11; III, 138 y sig., 159 y sig.

Sin duda que, en el momento del ataque, olvidaban aquellos caballeros toda medida humana, porque ignoraban lo que era la caridad cristiana; pero, en compensación, practicaban la penitencia, tan pronto como la austera palabra de un monje ó de un ermitaño hería sus oídos; practicaban la penitencia, con relación al Cristianismo, con humillaciones, ayunos y cambios de vida; con relación á la humanidad, dando sumas increíbles para fines útiles á la totalidad, y sacrificando su vida como enfermeros ú obreros de aquellos á quienes habían hecho algún mal. Por amor á Jesucristo y por obediencia á la Iglesia, renunciaron al placer de combatir, con la introducción de la tregua de Dios; <sup>(1)</sup> á la crueldad en la guerra, con la proscripción de armas inhumanas y con la prohibición de actos bárbaros y depredatorios; á su terrible jurisprudencia, con su respeto por el derecho de asilo en las iglesias, con la dulcificación de las penas, con la prohibición de la llamada *purgatio vulgaris* ó duelos judiciales; <sup>(2)</sup> y á los juicios de Dios, admitiendo la intervención de la Iglesia. Defender la viuda y el huérfano, proteger voluntariamente la debilidad y la inocencia en peligro; he aquí lo que constituía el orgullo del caballero.

El espíritu de sacrificio de aquellos monjes que rescataron millares de prisioneros <sup>(3)</sup> de terrible esclavitud, sacrificando, en caso de necesidad, su propia libertad; la caridad de los que, en una época en que el cuidado de los enfermos exigía una virtud verdaderamente heroica, consagraban su vida á los leprosos, merece sin duda alguna una admiración sin límites. Pero debemos confesar que no hubieran podido hacer todo esto, si no les hubiesen ayudado los señores como lo hicieron. Con frecuencia sentíanse entusiasmados por los ejemplos de los monjes, de los Hos-

(1) Zepfl, *Deutsche Rechtsgeschichte*, (4) II, 305, 320 y sig.

(2) *Ibid.*, III, 427.

(3) Se ha calculado que los Trinitarios, hasta fines del siglo XVIII, habían rescatado cerca de 900 000 esclavos cristianos, los Nolascos 300 000. El precio de cada uno de ellos, comprendidos los gastos de viaje, se elevaba á 4.000 ó 5.000 marcos (*Miss. cathol.*, 1878, 202).

pitalarios y de los Sanjuanistas, y el amor de Dios y del prójimo incitaba á los ricos y poderosos á imitar en persona su vida de sacrificio. <sup>(1)</sup> Lo que alaba el poeta en el buen *Gerhard* no es un ejemplo aislado; otros hicieron mayores sacrificios, pero nadie los ha consignado por escrito, excepto Aquél que inscribe en el libro de la vida todo vaso de agua dado á un pobre.

No eran ciertamente vanas palabras, sino que respondía á la realidad, los cantos que á la caballería entonaban los poetas de la época, considerándola como el antemural de la paz en campos, caminos y bosques, <sup>(2)</sup> como la protectora de la pobre cristiandad. <sup>(3)</sup> Constituían los caballeros una policía voluntaria, potente, universal; trabajaban según sus fuerzas por la Iglesia y los pobres; <sup>(4)</sup> manejaban la espada para restablecer la paz; <sup>(5)</sup> obraban de tal suerte, que la injusticia temblaba ante ellos. <sup>(6)</sup> La dulzura—decían—les convenía aún más que á las mujeres, <sup>(7)</sup> pero lo más importante de todo esto es que se consideraban como combatientes de Dios, <sup>(8)</sup> luchando al propio tiempo por el premio terrestre y por el celestial, por tesoros eternos. <sup>(9)</sup>

**4. Las costumbres públicas en la Edad Media.**—Semejantes sentimientos ennoblecían al hombre bajo todos conceptos. En aquella época existía una moral, por decirlo así, caballeresca, <sup>(10)</sup> muy diferente de la nuestra, pero que,

(1) Ken. Digby, *Mores cath.*, b. 7, ch. 8, 9; II, 423 y sig., 474 y sig.

(2) Boppe, 1, 18 (Hagen, *Minnesinger*, II, 381).

(3) Der Hinnenberger, 1, 3 (Hagen, *Minnesinger*, III, 39).

(4) Thomasin, *Der welsche Gast*, 7805. Cf. 7834.

(5) Singuf, 1 (Hagen, *Minnes.*, III, 49).

(6) Boppe, 1, 18 (Hagen, *Min.*, II, 381).

(7) Thomasin, 975 y sig. Cf. Friedr. von Sonnenburg, 1, 23 (Hagen, *Minnes.*, III, 72). Johann von Rinkenber, 14 (Hagen, *Minnes.*, I, 341) y *Heliand*, 1312 y sig.

(8) Der Meissner, 17, 10 (Hagen, *Minnes.*, III, 107). Cf. *Parzival*, 819, 16 y sig., 823, 24 y sig. (Bartsch, 16, 976 y sig., 1104 y sig.).

(9) Boppe, 1, 18 (Hagen, *Minnes.*, II, 381).

(10) Sobre la doctrina del decoro de la Edad Media v. Joann. Saresber., *Policrat.*, 8, 8 y sig. Thomasin, 343 y sig. 363 y sig., 405 y sig., 451 y sig., 471 y sig., 527 y sig., 653 y sig. *Der deutsche Cato* (Zarnecke), 132, 120 y sig., 136, 253 y sig. Weinhold, *Die deut. Frauen*, (1) 106, 110. Schultz, *Das häusliche Leben*, I, 154 y sig., 365 y sig. Ken. Digby, *Mores cath. or Ages of Faith*, b. 2, ch. 1; I, 101 y sig. Cf. Geyer, *Die altdeut. Tischzuchten*, 1882.